

EDITORIAL

La educación pública en nuestro país siempre ha vivido tiempos difíciles, algunos más que otros, pero siempre ha mantenido un ethos de lucha para resistir ante los embates de sectores que quieren terminar de destruir una de las pocas cosas que permiten que los habitantes de este país tengan alguna posibilidad de ascenso social. A pesar de sus defectos, que los tiene y debemos discutirlos y no barrerlos debajo de la alfombra. A pesar de sus limitaciones, que debemos tomar como punto de partida y no de llegada.

Hoy estamos nuevamente ante esos embates cíclicos que pretenden vaciar a la educación pública de contenidos. Llámense estos embates escuelas generativas, o reforma educativa porteña propiciando mano de obra barata para las empresas, “nueva campaña del desierto” o persecución y descuentos a docentes en lucha. Si a esto le sumamos los conceptos presidenciales de tener que soportar la desgracia de “caer en la educación pública” tenemos un panorama completo de cómo piensan las dirigencias gerenciales la política educativa de un país.

No menor es lo que sucede con la Ciencia en el país. El recorte en Ciencia y Técnica (CyT) por más que sea negado es un hecho que está a la vista. Menos becarios en el 2016 y 2017, menos presupuesto, el recorte sigue en el Presupuesto 2018, el que dedica a CyT dos o tres puntos porcentuales por debajo de la inflación proyectada por el Gobierno para el año entrante.

A pesar de eso se sigue educando, se sigue investigando, se sigue produciendo en las universidades. La educación pública, laica a pesar de algunos, y gratuita siguen siendo un referente y un modelo, a mejorar por cierto, en Latinoamérica y en el mundo.

A eso apostamos. Y este número de Argonautas, como tantas otras revistas, proyectos, seminarios, cursos y discusiones que se dan a lo largo y ancho del país son un ejemplo de ello.